

hombres (hay que recordar aquí la estrecha relación entre Ética y Política para Aristóteles).

Si bien quedan algunas dudas sobre el planteamiento de los dos primeros problemas, lo que el autor logra es mostrar cómo las teorías sobre la incontinencia y la esclavitud natural reclaman el concepto de cultura —de *polis* en Aristóteles— para explicarse de modo satisfactorio. La tesis que el autor plantea desde el principio de la obra queda así plenamente justificada. Sin embargo, el planteamiento de Marín parece en algunos momentos demasiado estático (o metafísico), cuando nos enfrentamos realmente a temas —como el de la forma humana o la substancia— que se presentan en Aristóteles mucho más flexibles (o dialécticos). Lo cierto es que el autor hace un planteamiento que se suma a una nueva escuela de interpretación aristotélica, pero que adolece de referencias explícitas a estos pensadores contemporáneos. Entre ellos, se echa de menos especialmente a Berti.

Sergio Aguilar Alvarez
Universidad Panamericana

Jaime Nubiola: *La renovación pragmatista de la filosofía analítica. (Una introducción a la filosofía contemporánea del lenguaje)*, EUNSA, Pamplona, 1994, 109 pp.

Sobre el contexto del agotamiento de la inspiración y las aspiraciones que el logicismo positivista prestó a la moderna filosofía del lenguaje, Nubiola interviene en la discusión sobre las posibles formas de prosecución de la filosofía analítica con la propuesta de una renovación pragmatista. La pertinencia de propuestas de esa índole es aguda porque para la filosofía del lenguaje el formalismo lógico y matemático no ha sido un mero recurso coyuntural, ni un registro metodológico entre otros, sino la matriz donde se gestó la peculiar forma y dirección del giro lingüístico postkantiano de la filosofía anglosajona. De ahí que la crisis de las aspiraciones y y posibilidades del logicismo sea también e inevitablemente un cierto desfondamiento de la filosofía analítica, que ésta gestiona según revisiones diversas de su alcance y condición.

Entre todas esas reformulaciones con ninguna acumula Nubiola tantos desacuerdos como

con la representada por Richard Rorty. Para éste, el desfundamiento de la filosofía analítica no es un mero mal trance, sino el desvelamiento —tras la ilusión cientista— de su exacta condición: la falta de fundamento. Pero no se trata sólo de la moderna filosofía del lenguaje sino de la filosofía misma y su historia. Desde ahí Rorty sostiene tanto la disolución de los criterios académicos que sirven de diferenciación entre filosofía y literatura, como una definición académico-profesional de la filosofía: filosofía es lo que hacen los filósofos. Pero como el perfil académico y profesional del filósofo se ha hecho equívoco, el resultado no puede ser otro que la afirmación de que la filosofía se enhebra indiferenciadamente con las voces que forman “la conversación general de la humanidad” (p. 45).

No es sorprendente que el anti-fundacionalismo que caracteriza a buena parte de la filosofía analítica, y desde luego a Rorty, traslade el estudio del lenguaje y su consistencia desde las estructuras lógicas del pensamiento a su dimensión conversacional y comunicativa. Así se ultima el impulso que la filosofía del len-

guaje tomó en autores como Wittgenstein y que la llevó desde la crítica del psicologismo al descubrimiento del carácter constitutivamente público del lenguaje. Pasado el tiempo y mudado el contexto, ese impulso traslada el epicentro de la filosofía analítica desde la analítica logicista más o menos afin al positivismo vienés, a un sociologismo pragmatista de marcada inspiración norteamericana.

Nubiola comparte en buena medida el sentido de ese movimiento: “la dimensión social y pragmatista del lenguaje ha sustituido a la consideración logicista o meramente epistemológica” (p. 90).

También, pues, la renovación pragmatista del análisis del lenguaje lo transporta al estudio de la acción comunicativa e interpersonal. Pero para él esa traslación no significa desfundamiento lógico del pensamiento, sino ruina y desactivación del logicismo positivista y, por descontado, de los viejos psicologismos mentalistas. Para Nubiola la superación del cientismo positivista no implica la negación de una efectiva constitución lógica del pensamiento, ni de que la realidad tiene un cierto carácter ra-

cional, que no es distinto, sin embargo, de su carácter social y comunicativo. Esa salvedad quizás sea crucial en su libro, porque le permite no disolver el pensamiento y la realidad en el dinamismo autorreferencial de la conversación social. A diferencia de Rorty, el autor no cree que todo sea diálogo, pero sí quizás que el todo se hace en el diálogo: que el pensamiento, el lenguaje y la realidad se deben entre sí y mutuamente.

Es cierto, dice Nubiola, que “el signo no se basa en la identidad o la equivalencia entre expresión y contenido, sino en la inferencia, la interpretación, en la dinámica –en terminología de Peirce– de la semiosis” (p. 17). Pero ese dinamismo –postestructuralista y tal vez también post-sustancialista– no es autorreferencial. En último extremo, Nubiola cartografía el campo de la reflexión filosófica entre lenguaje, pensamiento y realidad según la forma de sus síntesis práctica y social: la comunicación interpersonal e interdisciplinar de los saberes. “La comunicación interpersonal –escribe Nubiola (p. 20)– nos depara también la pauta de objetividad en el ámbito cognoscitivo. Los

tres elementos –pensamiento, lenguaje y realidad– se confieren recíprocamente un sentido pleno en su interrelación y requieren la comunicación interpersonal para su establecimiento”.

Lo que Nubiola comparte con las tesis antifundacionalistas no alcanza para convertir en infundado al discurso filosófico, ni para proclamar la indiscernibilidad entre filosofía y literatura, sino para sostener que “la verdad está maclada con el uso lingüístico”. Es cierto que la inspiración pragmatista de esta obra sitúa a Nubiola muy cerca de la tesis de Rorty sobre que filosofía es lo que hacen los filósofos, pero no tanto como para prescindir de su contrapartida: filósofos son los que hacen filosofía. No se trata de un círculo vicioso, sino, quizás, de una definición pragmática de la filosofía análoga a aquella otra con la que Aristóteles decía que bueno es lo que hace el hombre bueno: no sólo la verdad está maclada con el uso lingüístico, sino también éste debe su posibilidad como diálogo al contexto de una verdad posible, límite (“un concepto límite de verdad ideal” como expresa Putnam).

Nubiola auspicia así un

“realismo pragmatista” (la expresión es de Putnam) respecto de la noción de objetividad que renuncia –y denuncia– los accesos privilegiados e inmediatos a lo real, fuera de las redes de acciones comunicativas de los hombres. No es que no exista objetividad, es que su constitución básica es también dialógica, comunicativa y, por tanto, social. La noción misma de racionalidad se le hace social e histórica pero sin la renuncia programática a su consistencia lógica. Así puestas las cosas no cabe, en efecto, otra consecuencia que la rehabilitación de la historia de la filosofía en el seno de un modo de pensar, el analítico, que ha sido peculiarmente ajeno a la dimensión histórica del saber: “Defender una aproximación expresamente histórica a la filosofía analítica del lenguaje es defender –en palabras de Gordon Baker– que la comprensión filosófica es esencialmente histórica” (p. 50).

Esa irrupción de la historia en los laboratorios lógicos del análisis lingüístico, no sólo rompe la asepsia académica a la que tiene querencia la filosofía analítica, sino que supone la constitución de su autoconciencia en tanto que tradición. Ahí se aúnan, se-

gún el autor, tanto el rigor lógico como la relevancia humana que la renovación pragmatista aspira a conciliar, no sólo como sutura entre la filosofía académica y la filosofía pública, también entre las tradiciones angloamericana y europeo-continental. De ahí que la filosofía analítica se presente no ya como el segregado que lleva la filosofía a la condición de ciencia, sino como una más de las ciencias humanas que, si bien concurre junto con las demás hasta componer la conversación general de la humanidad, se caracteriza por “reflexionar sobre su propia actividad” y sobre la de las demás. En cierto sentido, y según la presenta Nubiola, la filosofía tanto como una voz más, es un eco reflexivo no literal de esa conversación.

De ahí que para el autor la renovación de la filosofía sea también inmediata y necesariamente la aspiración por articular cooperativamente los saberes. El marchamo pragmatista y peirceano del autor se pone aquí de nuevo de manifiesto, porque esa articulación no se hace efectiva sino como articulación comunicativa e interpersonal en contextos reales, y no como una cuestión meramente epistemológica. No se

trata sólo de que la objetividad sea intersubjetiva, es que la realidad misma es esencialmente dialógica y comunitaria. Su aprehensión reflexiva, la verdad, es pues inevitablemente comunicativa. Así el rostro roto del relativismo recibe una luz que lo presenta más bien como pluralismo: un realismo de rostro humano.

Higinio Marín
Universidad de Navarra

Carlos Pereda: *Vértigos Argumentales: una ética de la disputa.* Anthropos-UAM Izta-palapa. Barcelona-México 1994. 334 pp.

Mientras en *Razón e incertidumbre* Carlos Pereda defendía un concepto tenso de razón a partir del análisis de la noción de racionalidad misma, en *Vértigos Argumentales* la estrategia adoptada para defender la racionalidad tensa consiste en una elucidación de la práctica a la que llamamos "argumentación". Además, las conclusiones a que se llegaba allá (en la *Razón e incertidumbre*) quedan mejor definidas (siempre y cuando se eviten los vértigos argumentales).

Lo que Pereda se propone es ofrecer, en primer lugar una "anatomía de la argumentación" (en la sección titulada "esbozos de teorías"). A partir de este análisis de la práctica argumentativa definirá lo que denomina "vértigos argumentales" como vicios o deficiencias en los que se puede incurrir una vez que se ha adoptado la vía de la argumentación como mecanismo para resolver conflictos. En la segunda sección ("Ejercicios"), Pereda trata de ilustrar, con diversos problemas surgidos de las discu-

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.